

un pie de París de diámetro. Averiguados sus polos, que resultaron con toda exactitud opuestos diametralmente, se trazaron un equador, y dividido este en 12 partes iguales de 50°, por cada una de estas hicieron pasar un meridiano. Hecho esto, colocaron en casi todos sus puntos una aguja imánada de excelente calidad. Se podía considerar aquella piedra como la esfera terrestre. Observaron que en algunos sitios la aguja se dirigía exactamente N. S.; y que en otros declinaba hacia el E. ó el O., todo esto sin niagnas reglas aparentes, y lo mismo que sucede en el globo de la tierra. La mayor variación que observaron era de 26°. ¿No se podría suponer que las diferentes declinaciones de esta aguja, solo provenian de las diferentes disposiciones de las materias magnéticas en aquel globo? Si en el grande iman que *Halley* supuso envuelto y rodeado por una corteza de tierra, se encuentran disposiciones de las materias magnéticas equivalentes al polo mas ó ménos, ¿por qué la misma causa no producía el mismo efecto? Y para dar la razon de la inconstancia de variación en un mismo sitio causada por el tiempo, se puede suponer racionalmente que dependen de alteraciones en la disposición de estas materias magnéticas, producidas por los diferentes trastornos que es probable se hacen en el interior de la tierra. Si la bola de iman de los Señores *de la Hire* hubiese padecido semejantes desarreglos, no es dudable que con el tiempo se hubieran observado variaciones en la declinación de la aguja, semejantes á las que se observan en la tierra.

Se concluirá.

EPIGRAMA.

En un coche ya podrido
con dos miseros caballos,
quiso pasar un riachuelo
cierto Señor muy avaro.

Quando en el vado estuviéron
las dos ruedas se atascáron:
el cochero g. ita y jura

